



Relaciones. Estudios de historia y sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C

México

Berndt León Mariscal, Beatriz

Discursos de poder en un nuevo dominio: el trayecto del virrey marqués de las Amarillas de Veracruz a Puebla, las fiestas de entrada y el ceremonial político

Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXVI, núm. 101, 2005, pp. 227-259

El Colegio de Michoacán, A.C

Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13710107>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

A partir del entrecruzamiento de información procedente de documentos de archivo, de relaciones escritas por testigos de época y de una pintura, se reconstruyen algunos hechos que acontecieron en 1755 con la llegada del 42° virrey a la Nueva España; se describen el trayecto del dignatario de Veracruz a Puebla, el ceremonial de entrada pública, así como detalles de la organización y desarrollo de los festejos patrocinados por el cabildo secular y catedral angelopolitanos.

(Virrey, Puebla, ceremonial, entrada, fiesta, cabildo)



DISCURSOS DE PODER EN UN NUEVO DOMINIO:
EL TRAYECTO DEL VIRREY MARQUÉS DE LAS
AMARILLAS DE VERACRUZ A PUEBLA, LAS FIESTAS
DE ENTRADA Y EL CEREMONIAL POLÍTICO

Beatriz Berndt León Mariscal*

UNAM

Para Francisco y María Eugenia

El 30 de septiembre de 1755, a ocho semanas de partir de Cádiz, llegó al puerto de Veracruz la flota en que venía el nuevo virrey don Agustín de Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas,¹ su esposa embarazada, doña María Luisa del Rosario de Ahumada y Vera, su pequeño hijo de poco más de dos años y una numerosa comitiva de 81 personas. Desde la sonda de Campeche se adelantó un navío para avisar del inminente arribo del representante regio, por lo que la noticia se difundió paulatinamente por territorio novohispano.

* bberndt @puntoكوم.com.mx

¹ Don Agustín de Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas (?-1760), 42° virrey de la Nueva España, quien se desempeñó en el cargo desde noviembre de 1755 hasta el 5 de febrero de 1760. Fue comendador de la reina en la Orden de Santiago, teniente coronel de los reales ejércitos y teniente coronel de reales guardias de infantería española; antes de llegar al virreinato fue gobernador político y militar de Barcelona y ganó fama en las guerras de Italia.

Al desembarcar, al marqués de las Amarillas se le rindieron honores en la isleta de San Juan de Ulúa y en Veracruz, primera población española del reino fundada en 1519 por el conquistador Hernán Cortés. Ya en el muelle, el gobernador y los vecinos principales le entregaron las llaves de la ciudad y le acompañaron caminando hasta la iglesia parroquial, en donde el marqués rechazó el palio que se le ofreció para dirigirse al presbiterio a orar mientras se cantó un *Te Deum*. Posteriormente, estando ya en las casas en donde habría de hospedarse, el marqués de las Amarillas despachó al capitán de pliego Manuel de Arco y Vargas para que informara al virrey don Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo² que había llegado su sucesor en el gobierno, consideración que se tendría también con el Ayuntamiento de México, la Real Audiencia, el arzobispo Manuel Rubio y Salinas, prebendados de catedral, así como con dignatarios y corporaciones de otras ciudades a los que después se les enviaría el documento correspondiente.

Una vez que se confirmó oficialmente la llegada del marqués de las Amarillas, en distintas poblaciones del derrotero entre Veracruz y México repicaron las campanas por la salud del monarca español y se concretaron los preparativos de recepción y acogida de su representante. En el caso de Puebla, se tomaron algunas previsiones desde que se leyó la



FIGURA 1. Juan Patricio Morlete Ruiz (1713-1772), *Retrato del virrey Agustín de Ahumada y Villalón, Marqués de las Amarillas*, Óleo sobre tela, Museo Nacional de Historia, CONACULTA-INAH-MEX (Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia).

² Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo (1682-1768), 41º virrey de la Nueva España quien ejercía su cargo desde el 9 de julio de 1746.

real cédula firmada el 17 de mayo en Aranjuez,³ por medio de la cual Fernando VI informaba del nombramiento del próximo virrey, a quien le concedía poderes y ordenaba acatamiento a sus disposiciones.

El cabildo catedral angelopolitano acordó desde el primer día de julio que se tomaran las medidas necesarias para recibir al nuevo dignatario. En esa sesión, se eligieron al licenciado Gabriel de Artabe y Anguita, chantre de la catedral, y al doctor Joaquín Ignacio de Bonilla, canónigo penitenciario, como el par de comisarios que irían a Tepeyahualco a dar la bienvenida al marqués para acompañarle –como una cortesía tradicional– a su paso por Cuapiaxtla, Huamantla y Tlaxcala, hasta conducirlo a la entrada de la Angelópolis. Para las fiestas en la ciudad los responsables del refresco serían el canónigo lectoral Domingo José de Apresa y un prebendado, el licenciado Francisco de Ovando; los tablados de toros estarían a cargo del superintendente de la fábrica material, en tanto de la portada efímera se encargaría el canónigo magistral, el afamado predicador Andrés de Arce y Miranda.⁴ Quince días después, el doctor Domingo José de Apresa dimitió a su cargo como gestor del agasajo de bebidas y alimentos, por lo que le sustituyó el canónigo penitenciario Bonilla. Puesto que éste último ya no acompañaría al chantre a Tepeyahualco, sería sustituido a su vez por el canónigo doctoral José Duarte.⁵

Por su parte, el ayuntamiento de Puebla definió el 29 de julio quiénes serían sus delegados en lo relativo al alojamiento y recepción del marqués de las Amarillas, su esposa, familia y acompañantes. Francisco

³ Archivo General Municipal, Honorable Ayuntamiento del Municipio de Puebla [en adelante con las siglas A.G.M.H.A.M.P.], serie 1 *Libros de Cabildo*, vol. 48 *Libro de Cabildos de la Nobilísima Ciudad de Puebla, años de 1754 y 1755*, fs. 156-157. Agradezco a Flora Elena Sánchez Arreola sus comentarios sobre paleografía.

⁴ Andrés de Arce y Miranda (?-1774). En un documento brevemente se indica: “Y respecto de hacer facultativo al señor canónigo magistral la comisión para portada y todo lo anexo a ella, [éste] se servirá providenciar lo que tuviere por conveniente para su mayor desempeño” (Archivo del Venerable Cabildo de la Catedral de Puebla [en adelante con las siglas A.V.C.C.P.], *Actas de Cabildo*, vol. 33 (1754-1759), f. 68v). Una vista de la arquitectura efímera que se erigió en la catedral angelopolitana se observa en un óleo sobre tela atribuido a José Joaquín Magón, pintor regional activo en la segunda mitad del siglo XVIII.

⁵ AVCCP, *Actas de Cabildo*, vol. 33 (1754-1759), fs. 70-71.

de Mier y Estrada, alcalde ordinario estaba “[...] prompto con el caballo, silla y banquillo que han dado otros para la persona del Señor virrey [...]”,⁶ en tanto se eligió a los capitanes y regidores José Joaquín Izquierdo y Juan Joaquín de Misieres Altamirano para que en el pueblo de Tepayahualco esperaran la llegada del marqués y lo encaminaran hacia la Angelópolis. Antonio Basilio de Arteaga y Solórzano, depositario general y procurador mayor, fue nombrando junto con el regidor Manuel Nicolás Hidalgo de Vargas como comisarios responsables de las corridas de toros y de “[...] el recibimiento del excelentísimo Sr. virrey en palacio, correr con el arco triunfal, fuegos y demás perteneciente en dicho palacio para lo cual dicha nobilísima les daba y dio poder y facultad que por derecho se requiere y es necesario [...]”⁷ En la deliberación también se instruyó a los capitanes más antiguos del batallón para que sujetaran hasta el arco efímero las riendas del caballo que montaría el marqués, se pidió al alcalde ordinario Martín Francisco de Isunza que dispusiera un corcel con montura para el caballerizo del dignatario real, y que el regidor don Francisco de Mier se ocupara del quitasol.

Puesto que estas fiestas eran eventos fundamentales para los cabildos catedral y secular de Puebla –ya que en su organización y desarrollo quedaba de manifiesto el prestigio social de los organizadores, así como el esplendor, lealtad y privilegios de dicha urbe– el costo de la entrada pública y de la estancia del marqués de las Amarillas difícilmente se ajustaría al decreto real de 1725 que estipulaba un gasto máximo 3 000 pesos para recepciones de virreyes en la Angelópolis.⁸ El propio alcalde ordinario Francisco de Mier y Estrada instó a que se respetara la disposición del monarca, mas don Antonio Basilio de Arteaga recordó que si bien la ciudad hizo lo posible por acatar la orden durante 30 años, era necesario rebasar la cantidad acorde a las necesidades de

⁶ AGMHAMP, serie 1 *Libros de Cabildo*, vol. 48 *Libro de Cabildos de la Nobilísima Ciudad de Puebla, años de 1754 y 1755*, f. 125v.

⁷ *Ibid.*, f. 128v.

⁸ Véase Miguel Ángel Cuenya Mateos, *Fiestas y virreyes en la Puebla colonial*, *Lecturas históricas de Puebla* 29, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, 1989. El autor indica que el ayuntamiento poblano rebasó continuamente esa cantidad, lo cual se constata tras revisar los apéndices que están al final del texto.

[...] una opulenta ciudad como lo es la Puebla, segunda en este reino, si a los que por antiquada costumbre ocurren de México y otras partes a que adecuadamente debe atender –y consecuentemente esta nobilísima ciudad en este tiempo– como es de su primera obligación obsequiarlos, cortejarlos y festejarlos como corresponde a la dignidad que representan [...]⁹

El ocho de octubre, cuando el nuevo representante del rey cumplió una semana de haber desembarcado en Veracruz, resultó evidente que los costos se acrecentarían y que las medidas relativas al alojamiento de la comitiva eran insuficientes. En sesión de cabildo, los comisarios del ayuntamiento leyeron el siguiente documento:

Razón de la familia que trae el señor virrey el excelentísimo señor don Agustín de Ahumada, marqués de las Amarillas, teniente general de los reales ejércitos, gentilhombre de cámara con ejercicio, caballero de la Orden de Santiago, virrey gobernador y capitán general de este reino; la señora marquesa doña Luisa de Ahumada, viene encinta; don Agustín de Ahumada y Villalón, su hijo de 28 meses; con grado de coronel y capitán de la guardia de su excelencia don Lorenzo de Javares teniente de coronel y capitán de la compañía de caballos de palacio; don Manuel Baamont [Bahamonde] con grado de capitán y teniente de la compañía de infantería; el coronel don Felipe Caballero primer secretario; don Jacinto Marfil, segundo; don Vicente Feijoo, tercero de gastos; don José Prieto, mayordomo mayor; don Felipe Cleer [Cleere], caballerizo; don Bartolomé Bruenas [Bruna y Ahumada] sobrino de su excelencia lleva plaza de oidor; doña Inés Caballero mujer del secretario; damas y criadas ocho; pajes y marmitones más de sesenta; confesor el padre fray Pedro Moreno, dominico. Trae su excelencia un ajuar muy exorbitante.¹⁰

⁹ AGMHAMP, serie 1 *Libros de Cabildo*, vol. 48 *Libro de Cabildos de la Nobilísima Ciudad de Puebla, años de 1754 y 1755*, f. 127. En el expediente se indica también que se le expondrán al virrey los motivos para exceder el monto permitido y se pide al procurador que “[...] saque de los arrendamientos de casas la cantidad de tres mil pesos adelantados y del ramo de tres cuartillas dos mil [...]”, f. 127v.

¹⁰ AGMHAMP, serie 1 *Libros de Cabildo*, vol. 48 *Libro de Cabildos de la Nobilísima Ciudad de Puebla, años de 1754 y 1755*, fs. 149v-150.

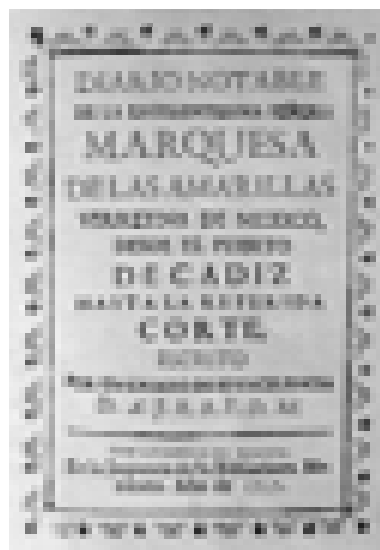


FIGURA 2. Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, (ca. 1710 - ?), *Diario notable de la excelentísima señora Marquesa de las Amarillas virreina de México, desde el puerto de Cádiz hasta la referida corte*, escrito por un criado de su excelencia D.A.J.R.B.F.D.M. México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1757.

protocolarios y la aderezó con detalles del paso de virreyes que tuvieron lugar entre 1760 y 1789, agregando al final del manuscrito, y en desor-

También les acompañaban desde España el jurista poblano Antonio Joaquín de Rivadeneyra y Barrientos (ca. 1710-?), quien tomaría posesión de su cargo de fiscal del crimen de la Real Audiencia además de ser autor de un testimonio poético del derrotero hacia México narrado aparentemente por la virreina,¹¹ así como el granadino Diego García Panes y Abellán (1730-1811), futuro alférez de artillería en Veracruz, quien recibió la petición “[...] de un sujeto de primera clase en la Corte de escribir y remitir un Diario pormenorizado de todo cuanto acaeciere en la navegación y en el viaje por tierra desde Veracruz a México”,¹² si bien cumplió con el encargo unos 38 años después. Pese a la tardanza, García Panes hizo una minuciosa descripción de aspectos

¹¹ Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, *Diario notable de la excelentísima señora Marquesa de las Amarillas virreina de México, desde el puerto de Cádiz hasta la referida corte, escrito por un criado de su excelencia D.A.J.R.B.F.D.M.*, México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1757.

¹² García Panes, Diego, *Diario particular del camino que sigue un virrey de México. Desde su llegada a Veracruz hasta su entrada pública en la capital [...] [1793]*, transcripción de Alberto Tamayo, estudio introductorio de Lourdes Díaz-Trechuelo, Madrid, CEHOPU/CEDEX (Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente), 1994, p. 67. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Oviedo en España.

den, fragmentos del poema editado en 1757 por Rivadeneira y Barrientos, compuesto también para ser despachado a la corte.¹³

Conforme lo especifican estos dos personajes, a la cuantiosa comitiva del marqués de las Amarillas se unieron paulatinamente otras personas con el objeto de complimentarle. El ayuntamiento de México envió a Puebla al alcalde ordinario y al secretario de gobierno, a quienes despidieron con solemnidad en el Santuario de Guadalupe; la Real Universidad hizo lo propio al mandar a un par de comisarios, y el cabildo catedral de la ciudad eligió a dos delegados a quienes acompañaron capellanes de coro.¹⁴ Por su parte, algunos funcionarios de gobierno comisionados por el primer conde de Revillagigedo se integraron a la comitiva en Veracruz, Xalapa o Las Vigas, entre éstos: su caballerizo Tomás Vélez, quien llevó una estufa o carroza grande con vidrieras para el nuevo dignatario; el canciller don José de Rada,

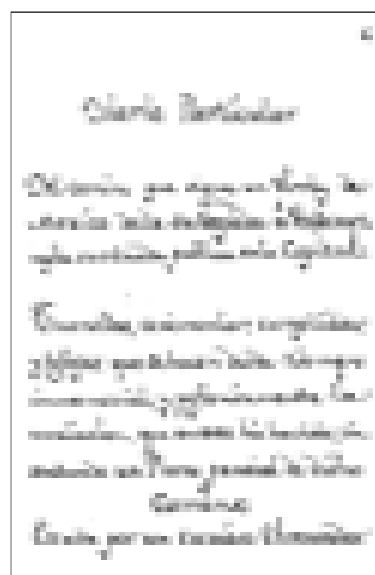


FIGURA 3. Diego García Panes (1730-1811), Diario particular del camino que sigue un virrey de México desde su llegada a Veracruz hasta su entrada pública en la capital. [...] Manuscrito. Biblioteca de la Universidad de Oviedo, España.

¹³ Por su estructura, tema e intención ideológica, ambas fuentes pertenecen al género de relaciones festivas referentes a la llegada y recepción de un gobernante.

¹⁴ Los nombres y fechas de salida de los comisarios están reproducidos en Castro Santa-Anna, *op. cit.*, 170-173. Para conocer la respuesta del cabildo catedral de Puebla con respecto al recibimiento del canónigo y prebendado de México y sobre las formalidades seguidas para despedir a los comisarios eclesiásticos véase A.V.C.C.P., *Actas de Cabildo*, vol. 33 (1754-1759), fs. 92-93.

marqués de las Torres de Rada, quien ofrecería a su vez tres carruajes; el primer secretario de gobierno responsable de dictar el protocolo, las contestaciones y cumplidos; un encargado del alojamiento de todo el séquito; un teniente coronel del Tribunal de la Acordada con 50 comisarios con estandarte y clarín, así como una compañía completa de dragones.¹⁵

Si bien desde julio la esposa e hijas del primer conde de Revillagigedo se despidieron de las religiosas en conventos de México,¹⁶ fue hasta el ocho de octubre de 1755 cuando la noticia de su partida se hizo oficial. El virrey contó con una semana para despedirse de la Real Audiencia, de los tribunales y del arzobispo Manuel Rubio y Salinas, por lo que la tarde del día 15 –precedido por su familia y una carga de más de 200 mulas– inició su trayecto desde Real Palacio hacia Otumba en donde entregaría el bastón y mando al marqués de las Amarillas.¹⁷ A la procesión que le encaminó hacia el Santuario de Guadalupe se le despidió con disparos de artillería y repique de campanas, mientras avanzaban “[...] la ciudad, tribunales, odores, luego cuatro batidores, después el paje con guión, después la estufa de su Excelencia, luego la compañía de a caballo con estandarte, luego el forlón de respecto [respeto], y otros caballeros que remataron la comitiva [...]”.¹⁸ Posteriormente, de San Cristóbal Ecatepec hasta la Hacienda de Tepetates le resguardaría una escolta de alabarderos con capitán, mismos que regresarían a la capital con el representante real que había llegado.

Una vez que ajustó con el primer conde de Revillagigedo el itinerario de encuentro en Otumba (que por cierto abarcaba tanto las jornadas de estancia como las de descanso) el marqués de las Amarillas inició su ascenso hacia la capital del virreinato. La estadía de catorce días en Veracruz le permitió al próximo responsable del gobierno y defensa tanto inspeccionar fortificaciones como visitar conventos de los que sería vicepatrono; posibilitó también que en algunas ciudades se concretaran preparativos de recibimiento y acogida, a la par de ofrecer un margen

¹⁵ Véase García Panes, *op. cit.*, 80-81 y Castro Santa-Anna, *op. cit.*, 168.

¹⁶ *Ibid.*, 147.

¹⁷ *Ibid.*, 169-171.

¹⁸ *Ceremonial de la nobilísima ciudad de México por lo acaecido el año 1755*, transcripción, prólogo y notas de Andrés Henestrosa, México, Fondo Pagliai, 1976, 44.

de tiempo para que le alcanzaran en Veracruz, Xalapa o Las Vigas tanto la escolta que despachó el conde de Revillagigedo, como algunos comisionados que tendrían la atención de hacer la visita de cumplimiento y acompañarle en su derrotero.

Puesto que días antes parte de su familia se encaminó a México junto con algunos criados y el equipaje, es probable que el marqués de las Amarillas viajara junto con su esposa, el capitán de su guardia don Lorenzo de Javares, el capitán don Manuel Bahamonde, su primer secretario don Felipe Caballero, el segundo, don Jacinto Marfil y el tercero de gastos don Vicente Feijoo, su caballerizo de ascendencia irlandesa don Felipe Cleere, su mayordomo principal don José Prieto, su ayuda de cámara, un cocinero, un repostero, así como otros pajes de cierto rango y una escolta de 24 soldados. El encargado de designar el lugar que ocuparía cada individuo dispuso a los miembros de la comitiva según su jerarquía, de forma que distribuyó las literas, los coches y la caballería. Ya en marcha hacia su siguiente destino, el numeroso grupo llevó el siguiente orden: dos correos, cuatro comisarios del cuerpo policial de la Acordada empuñando su espada, cuatro dragones de batidores o jinetes que precedían al futuro virrey, luego el coche o litera del dignatario y su consorte, una unidad de dragones con capitán y subalterno, una tropa de la Acordada y al final parte del acompañamiento.¹⁹

El obispo de Puebla de los Ángeles, el doctor don Pantaleón Álvarez de Abreu,²⁰ envió hasta Veracruz a un representante con una bella litera para que el marqués y su esposa transitaran con mayor comodidad por el sinuoso tramo de La Antigua, Rinconada, Plan del Río, El Lencero, Xalapa y San Miguel.²¹ Posteriormente, les esperaba en Las Vigas un carruaje por cortesía del mismo obispo, junto con la elegante carroza con vidrieras que el caballerizo Tomás Vélez llevó por orden del primer conde de Revillagigedo. En la lluviosa tarde del 20 de octubre, después

¹⁹ En su manuscrito, el alférez García Panes especificó que si la virreina hacía el camino aparte, su escolta debía seguir un orden semejante. Véase García Panes, *op. cit.*, 86.

²⁰ El arzobispo obispo Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu (1683-1763) ejercía su cargo en la Nueva España desde el 18 de agosto de 1743.

²¹ Si la virreina viajaba con la comitiva, la costumbre era que ella ocupara la litera que había despachado el obispo de Puebla y que a su consorte le trajeran una de Xalapa. Véase García Panes, *op. cit.*, 79.

de comer en público, el matrimonio subió a sendos vehículos²² en tanto otros miembros de su séquito a los carruajes que el marqués de las Torres de Rada llevó a expensas de la Real Audiencia. Así continuó el derrotero hasta Perote, en donde el futuro virrey inspeccionó la Fortaleza de San Carlos y pernoctó para salir a la jornada siguiente con destino a Tepeyahualco.

En este pueblo se encontraban ya algunos personajes de México, como el segundo secretario de gobierno don Juan Martínez de Soria, junto con los comisarios electos por los ayuntamientos de Orizaba y Córdoba, así como por los cabildos civil y catedralicio angelopolitanos. Si bien en la capital del virreinato se creía que éstos últimos fueron despachados a Huamantla,²³ los regidores José Joaquín Izquierdo y Juan Joaquín de Misieres Altamirano, el chantre don Gabriel de Artabe y Anguita y el canónigo penitenciario doctor Joaquín Ignacio de Bonilla comparecieron ante el marqués de las Amarillas conforme al siguiente ceremonial:

[...] se presentaban a cumplimentar a Su Excelencia los Diputados del Cabildo Eclesiástico y de la Ciudad de la Puebla de los Ángeles, como también de las villas de Orizaba y Córdoba, cada uno bajo mazas, entrando en la sala dispuesta para el recibimiento, cada cuerpo por su clase y preferencia, y sentados ambos diputados frente a la silla del virrey hacen su corta arenga, en cuyos términos les responde Su Excelencia, y despidiéndose en clase de cuerpo, después, como particulares, quedan acompañando al nuevo virrey en la mesa, y siguen hasta el término que tienen señalado.²⁴

Puesto que los representantes del ayuntamiento y de la catedral de Puebla también acompañarían al marqués de las Amarillas en su entrada pública en Tlaxcala, de Tepeyahualco pasaron a dormir a la Hacen-

²² Acorde a las formalidades, el próximo virrey subió a la estufa que le mandó su antecesor en el gobierno y doña María Luisa del Rosario de Ahumada y Vera en la del obispo. Si la virreina no hubiese formado parte de la comitiva, hubiesen ocupado la carroza el caballerizo Tomás Vélez, el comisario del obispo de Puebla, el canciller Marqués de Torres de Rada o el primer secretario de gobierno. Véase García Panes, *ibid.*, 91-92.

²³ Castro Santa-Anna, *op. cit.*, 175. Tanto García Panes, Rivadeneira y Barrientos, así como la información en documentos de archivo confirman la presencia de los delegados en Tepeyahualco, Puebla.

²⁴ García Panes, *op. cit.*, 94.



FIGURA 4. Diego García Panes (1730-1811), Plano corográfico que comprende la dirección del camino general desde la plaza de Veracruz a México [...] 1793 [detalle], Dibujo sobre papel, coloreado, 26.5 x 91, Biblioteca de la Universidad de Oviedo, España.

da de Los Virreyes, en donde unos indígenas de la localidad, vestidos con primor y con sonajas e instrumentos autóctonos, interpretaron un mitote para los forasteros que estaban por vez primera en el reino. El numeroso séquito pasó luego a Cuapiaxtla, Huamantla, y a “Alahuazán”, sitio en el que según García Panes se aliaron los tlaxcaltecas con Hernán Cortés y en donde una leyenda aseguraba que se apareció una cruz.

Después se trasladaron a Tlaxcala, el primer lugar con privilegio de entrada pública, por lo que resultaba “[...] preciso que a las once del día llegase el virrey a la inmediación de Tlaxcala, donde dejaba los coches para montar a caballo”.²⁵ La ciudad en donde iniciaría dicho ceremonial obtuvo su título años después de la caída de México-Tenochtitlan, como un reconocimiento a los cuatro señoríos que pactaron con los españoles y les ayudaron a enfrentar a los mexicas. Además la tradición transmitía que sus caciques fueron los primeros naturales en convertirse a la nueva religión al aceptar el sacramento del bautismo. Por ello, esta localidad era parte de una ruta que destacó pasajes gloriosos de la conquista de México, pero que no permaneció ajena a la relación de sucesos maravillosos o legendarios.

²⁵ García Panes, *ibid.*, 96.

Si bien en Veracruz y en otros lugares se le brindó la bienvenida protocolaria al marqués de las Amarillas, el paso por ciertos puntos del recorrido hacia la capital –en donde acontecía la fiesta de mayor fastuosidad– cobró desde el último cuarto del siglo XVI una connotación simbólica, tanto en lo histórico, lo jurídico y lo religioso. La marcha de un representante real hacia la antigua México-Tenochtitlan y el ceremonial que tuvo lugar en Tlaxcala, Huejotzingo, Otumba y México, traía a la memoria las alianzas estratégicas y victorias militares del conquistador a fin de exaltar el origen heroico del virreinato. El viaje también evocaba la grandeza material y espiritual de la Nueva España, como al detenerse en Puebla, ciudad establecida entre Veracruz y México por españoles no encomenderos y distinguida con el primer obispado de fray Julián Garcés, quien según una leyenda reconoció por medio de un sueño en dónde debía de fundarse la Angelópolis. A su vez, el trayecto, protocolo y recibimiento del virrey puso al descubierto las relaciones de poder y subordinación entre el reino y la Corona.²⁶

En este punto cabe recordar que en la Nueva España la presencia del virrey se fortaleció por la distancia con la Metrópoli, pero que su cargo era además el espejo de su autoridad política o religiosa, así como de su prestigio personal. Para los súbditos novohispanos, su figura representaba a la realeza más cercana, de ahí que se le recibiera con gran boato o solemnidad tras su ingreso a Veracruz y antes de ejercer oficialmente sus funciones políticas y militares.

El rito de recepción pública de un nuevo virrey siguió la estructura e ideología del modelo de entrada renacentista,²⁷ si bien hubo una apro-

²⁶ “De alguna forma, el viaje de los virreyes se transformaba en un rito que recordaba la conquista del país a sus habitantes y la lealtad debida a la corona española. Recibir a un virrey significaba recibir al monarca que lo enviaba, que era el heredero de aquel emperador que enviara a su vez al dominador de los aztecas, y con el que se renovaban los votos de obediencia y respeto” (Víctor Mínguez Cornelles, *Los reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*, Biblioteca de les aules 2, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1995, 32).

²⁷ Véase Roy Strong, *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento 1450-1650*, versión española de Maribel de Juan, Madrid, Alianza Editorial, 1988 (Alianza Forma; 79), 22-26 y 56-62. Sobre el sentido que la entrada triunfal adquirió en la Nueva España consúltese la bibliografía al final de este ensayo.

piación novohispana en el sentido triunfal e histórico del trayecto hacia México, así como a raíz de la incorporación de elementos pertenecientes a cada comarca o población. En este contexto, el ceremonial político que estaba a punto de protagonizar el marqués de las Amarillas en Tlaxcala –y posteriormente en Puebla, Cholula, Huejotzingo y México– consistía en la simbólica toma de posesión de su nuevo dominio como representante del monarca hispano, así como en la manifestación de aspiraciones o peticiones de quienes le recibían de forma triunfal y laudatoria.

El ceremonial público y solemne estribaba básicamente en lo siguiente: recepción del próximo gobernante a la entrada de la ciudad; recorrido de éste a caballo por sitios de importancia mientras en apretadas filas le seguían su comitiva junto con la nobleza, corporaciones y personajes relevantes de la comunidad (la *civitas*); llegada de los participantes a un arco triunfal efímero bajo el cual se le entregaban al dignatario las llaves del lugar y se le formulaban una serie de peticiones, entre éstas el mantener los privilegios y fueros de quienes le rendían pleitesía. Las formalidades se repetían en las iglesias principales, al encontrarse con el arzobispo, obispo, el cabildo eclesiástico u otros miembros de la Iglesia. Los días siguientes –y dependiendo de la economía o tradición de cada localidad– se llevaban a cabo misas de gracias, juegos, corridas de toros o saraos, además de que se costeaban elementos festivos como iluminación nocturna, salvas, cohetes u otros fuegos de artificio.

El 23 de octubre por la mañana, el marqués de las Amarillas montó desde la entrada de Tlaxcala un corcel elegantemente enjaezado, que estaba “[...] tan bien pintado de azul celeste y tan bien rizado que admiraba a las gentes y únicamente con agua caliente podía perder el color, una prueba de la habilidad de los americanos”.²⁸ Al cabalgar hacia la plaza mayor, el dignatario observó numerosas ventanas y balcones decorados con telas ricas, mientras la tropa formaba una valla en la Calle Real para contener a la multitud. Acorde señala Diego García Panes, le

²⁸ García Panes, *op. cit.*, 98. El alférez, también autor de *Teatro de la Nueva España en su gentilismo y conquista [...]* y *Descripción de los caminos que desde la plaza de Veracruz se dirigen a México por distintos rumbos [...]*, señaló que la ciudad ponía a disposición tres caballos: el del virrey, el del paje de guión y el del caballero; al primero se le regalaba y para los últimos era una retribución independiente de su sueldo.

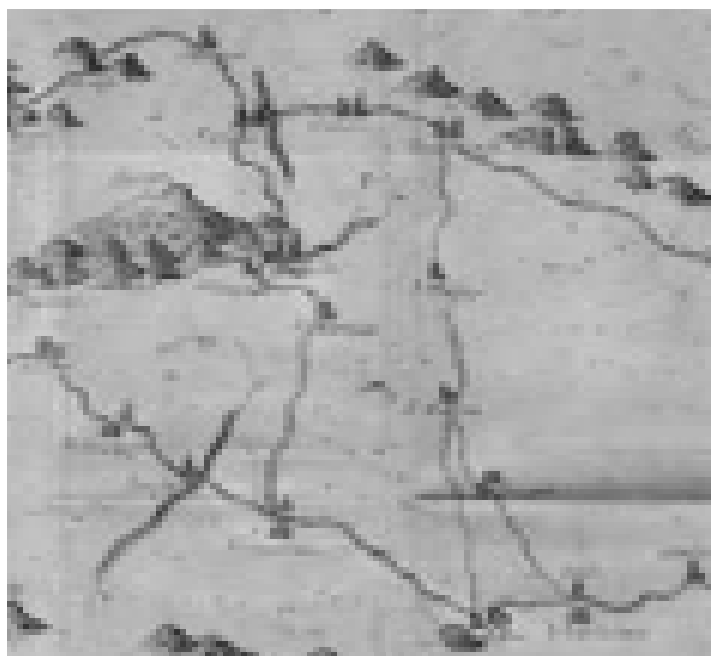


FIGURA 5. Diego García Panes (1730-1811), Plano corográfico que comprende la dirección del camino general desde la plaza de Veracruz a México [...], 1793 [detalle], Dibujo sobre papel, coloreado, 26.5 x 91, Biblioteca de la Universidad de Oviedo, España.

precedían cuatro dragones de batidores y varios gobiernos de indios vestidos a la usanza antigua, con el blasón de sus dominios bordado en sus tilmas de algodón blanco y también dispuesto en una especie de pendón. Detrás y en compañía de dos criados iba a caballo un paje con estandarte seguido por el marqués de las Amarillas, a cuya izquierda le ofrecía un quitasol el caballero Felipe Cleere. Un trecho después de que avanzó “[...] por su fuero/ con gravedad, y gala/ la República noble de Tlaxcala/ [...]”,²⁹ marcharon quien presidía al cabildo indígena y el

²⁹ Rivadeneyra y Barrientos, *op. cit.*, 237

gobierno español; por último, una escolta de dragones del enviado real cerró la cabalgata.

Cuando el marqués llegó a la esquina de la plaza mayor y de las casas reales –en donde ya se encontraba su consorte– observó un “[...] opulento arco triunfal, en que delinearon con viveza las hazañas de su excelencia, con primorosos metros y una discreta loa [...]”.³⁰ Además de alabar al próximo gobernante, el poema dramático quizá evocó el linaje de los descendientes de las cuatro cabeceras tlaxcaltecas a fin de defender privilegios o libertades concedidos a raíz de su desempeño en la conquista de México, entre éstos contar con excepción de impuestos, el que cada señorío continuara de forma rotativa al frente del cabildo indígena, o el conservar su dependencia directa del rey mas no de las autoridades virreinales. Una vez que el marqués se comprometió a atender estas prerrogativas y a gobernar adecuadamente, se le entregaron las llaves de la ciudad y se abrieron las puertas del arco efímero con el objeto de que junto con su comitiva le atravesara y se dirigiera hacia el templo principal en el convento de San Francisco, en donde se repitió la siguiente ceremonia:

Fuera de la puerta de la iglesia los recibe el preste con capa pluvial y el clero con sobrepellices, que presenta el palio a su excelencia, ceremonia que se practica en todas las iglesias del camino cuantas visita en las ciudades y demás pueblos. Pero al virrey corresponde no admitir el palio y hacer seña de que lo retiren.

Entrando en la iglesia, besa la cruz que le presenta el preste y toma el agua bendita de su mano, siguiendo al presbiterio al lado del Evangelio, donde le tienen puesto sitial e insignias de Vicepatrono, y hace oración mientras el coro canta el *Te Deum* o *Salve* con más o menos ostentación, según son las iglesias. Y esto es en todas. Sale después con la misma comitiva y formación de tropas, [y] se dirige a la casa de su morada.³¹

El marqués de las Amarillas se hospedó en las casas reales, en donde recibió a particulares, delegados de cabildos seculares y catedralicios

³⁰ Castro Santa-Anna, *op. cit.*, 177

³¹ García Panes, *op. cit.*, 74-75.

(entre éstos los de Puebla), así como el primer cumplimiento de provinciales y definitorios de todas las comunidades religiosas, quienes salieron el 10 de octubre de la ciudad de México rumbo a Tlaxcala, probablemente por ser éste el lugar en donde se administró el sacramento del bautizo a los cuatro caciques tlaxcaltecas, recuerdo del proceso de evangelización y muestra de la aceptación de los naturales por la religión católica. Los tres días que permaneció ahí el crecido acompañamiento hubo corrida de toros, juegos ecuestres, fuegos artificiales y una danza de moros y cristianos, así como una visita que hizo la última jornada el marqués de las Amarillas al Santuario de la Virgen de Ocotlán, patrona de Tlaxcala.

Mientras esto sucedía, en Puebla se daban las últimas providencias para la inminente recepción del nuevo virrey. El depositario general y procurador mayor, Antonio Basilio de Arteaga y Solórzano, y el regidor Manuel Nicolás Hidalgo de Vargas cumplieron con numerosas responsabilidades para preparar el palacio del ayuntamiento como morada, pues acondicionaron ahí dos elegantes alcobas para el marqués y su consorte, ajuaradas con los materiales más finos y los mejores objetos de plata, porcelana y cristalería que pudieron conseguir con ayuda de los principales vecinos. Concertaron que un sacerdote ofreciera misa todos los días en el oratorio del cabildo y se alistaron los carruajes, forlones, cocheros y lacayos necesarios; a la par, se contrató a un grupo de músicos con cantante para las comidas y bailes en la noche, así como a un clarín para que tocara en los corredores y en la cena. Los organizadores también deleitarían al marqués de las Amarillas y a su séquito con toda suerte de carnes rojas y blancas, quesos de Parma y Flandes, vinos y licores, ricas semillas, especias y conservas de frutas, junto con otros productos nativos como chocolate, jamones de Toluca y más de cien fuentes de dulces y bizcochos que solicitaron a conventos de la ciudad.

Puesto que la plaza de toros se remató al mejor postor, los comisarios nombraron a seis toreadores y a otros seis rejoneadores para las corridas que tendrían lugar por las tardes. Como parte de sus funciones no olvidaron las mulas de tiro para sacar a los animales que serían sacrificados, la decoración de barreras o la distribución de lugares en las lumbrreras. Asimismo, se costearon fuegos artificiales para tres noches, en tanto la creación del arco efímero, de sus pinturas y de los textos se

encargaron "... a persona docta que los forme respecto de la nobleza y blasones de su excelencia a quien se dedica ésta".³²

La mañana del 27 de octubre de 1755 todos los señores capitulares se dirigieron en sus forlones hacia Barranca Honda, un paraje del camino real por donde el marqués de la Amarillas pasaría de Tlaxcala hacia Puebla; ahí le hicieron una breve visita de cumplimiento con el objeto de regresar pronto a la Angelópolis, pues lo esperarían nuevamente en la plazuela de San Antonio a un lado del convento de San Francisco. Antes del mediodía el representante del rey finalmente llegó a este sitio al noreste de la ciudad, segunda en importancia en la Nueva España y de esplendor comparable al de la capital.

Después de acompañarle en su derrotero desde el pueblo de Tepeyahualco, los comisarios del cabildo secular y catedral angelopolitanos le condujeron junto con su comitiva hasta la referida plazoleta, en donde estaban el corcel ensillado y el banquillo que dispuso el alcalde ordinario Francisco de Mier y Estrada, el caballo que habilitó don Martín Francisco de Isunza para el caballero Felipe Cleere y el animal respectivo que habría de montar el paje de guión. A las puertas de la iglesia de San Francisco los regidores recibieron al marqués de las Amarillas con palio, mismo que no admitió para dirigirse a orar al presbiterio del templo. Según testimonio del alférez García Panes a su salida se presentó "[...] a complimentarle el Ilustrísimo obispo y todo el Cabildo Eclesiástico a caballo, extraña antigualla, que después de un corto cumplido se va por distintas calles para disponerse a recibir a Su Excelencia en la puerta de la Catedral. [...]"³³

A partir de la ruta que se estableció desde 1696, el nuevo virrey continuó su entrada solemne desde el límite norte de la ciudad de Puebla hacia la plaza mayor.³⁴ El abogado Rivadeneyra y Barrientos señala en su poema que a la cabeza de la procesión se abrían paso cuatro drago-

³² AGMHAMP, serie 5 *Libros varios*, vol. 20 *Libro que contiene los patronatos que esta noble, muy fiel, y leal ciudad de la Puebla de los Ángeles, de esta Nueva España tiene acordados* [...], f. 367v. Agradezco a las investigadoras Patricia Díaz y Frances Ramos la información relativa a este documento.

³³ García Panes, 100-101.

³⁴ El paso de la cabalgata desde el convento de San Francisco a la plazoleta de San José y que habría de bajar hasta la calle de Mercaderes y plaza mayor, se puede seguir en

nes de batidores con espada en mano, después el paje de guión a caballo, el cabildo secular bajo mazas, y el marqués de las Amarillas con el gobernador don Pedro Montesinos de Lara a su derecha y el regidor decano a su izquierda. A continuación cabalgaba el caballerizo Felipe Cleere sujetando el quitasol que proporcionó el alcalde ordinario Francisco de Mier y Estrada, seguido por una unidad de dragones, una compañía que se unió frente al convento de San José, el teniente coronel con 50 comisarios enviados por el virrey Revillagigedo y, por último, una columna de milicianos para cerrar el numeroso contingente.

Los capitanes más antiguos del batallón sujetaron las bandas del corcel del marqués hasta el arco triunfal que se levantó en la calle de Mercaderes (hoy calle 2 Norte). A México llegó noticia de la suntuosidad de este monumento efímero,³⁵ e incluso se le trajo a memoria por estar “[...] muy pintada de empresas y jeroglíficos, como que son muy sutiles poetas los poblanos”.³⁶ Ahí, el marqués de las Amarillas desmontó para llevar a cabo el rito por medio del cual tomaba posesión de su nuevo dominio como representante regio:

[...] así se anda hasta la puerta del arco, en cuyo lugar se apea la ciudad, y habiendo entrado toda la comitiva, [...] se cierra la puerta del arco, se le hecha la loa y luego hace el pleito homenaje en manos del Corregidor, y Decano, y por ante el Escribano de Cabildo, quien dice: : *Vue excelencia hace pleito homenaje de mantener esta ciudad, y reino en paz y quietud, a la sujeción de señor don Fernando Sexto, rey de las Españas, y entregarlo cada cuando se lo pida, y de guardar los privilegios y fueros de esta ciudad;* y respondiendo: *sí, lo hago, lo juro*, se le entregan las llaves por el Decano, quien las ofrece en una fuente, se abren las puertas para que entre, y los regidores cogen las varas del palio, y el señor virrey hace seña de que lo retiren [...]³⁷

una vista cartográfica y en perspectiva de Puebla fechada en 1754, dibujada por José Mariano Medina y grabada por José Ortiz Carnero.

³⁵ Castro Santa-Anna, *op. cit.*, 180.

³⁶ García Panes, *op. cit.*, 101.

³⁷ *Ceremonial de la nobilísima ciudad de México [...]*, *op. cit.*, 57-58. La cita se retoma del ceremonial que tuvo lugar en la ciudad de México en el mes de febrero de 1756, pues ejemplifica con claridad en qué consistía el mismo.

Una vez que la comitiva atravesó a pie el arco triunfal y que se hizo a un lado el palio, el gobernador don Pedro Montesinos de Lara y el alférez mayor don José Manuel de Victoria sujetaron las bandas atadas al freno del caballo en que iba el marqués de las Amarillas. Una guardia hizo descarga cerrada a medida que el dignatario y su séquito avanzaban desde la esquina de la plaza mayor hacia la catedral; a la mitad del tramo salieron a su encuentro el deán y el coro capitular cargando una cruz procesional, por lo que el marqués desmontó y caminó junto con el cabildo eclesiástico y secular hacia el lado norte del edificio, en donde seguramente estaban dispuestos un sitial y asientos.

En su manuscrito el alférez García Panes afirmó que el marqués de las Amarillas se apeó en las escaleras para observar una “magnífica” portada efímera “con distintos emblemas y versos latinos”.³⁸ Por su parte, José Joaquín de Rivadeneyra y Barrientos elogió tanto la altura como la belleza del ornato arquitectónico y añadió que un joven recitó una loa a fin de explicarle lo representado al enviado del monarca: “En la Sacra Portada/descollaba elevada/otra Triumphal hermosa Perspectiva,/que interpretó la viva/voz de un Joven galante/en la Loa que allí dijo [...]”.³⁹

El jurista poblano también describió en su poema parte del protocolo que tuvo lugar en la catedral,⁴⁰ desde que el obispo de Puebla don Pantaleón Álvarez de Abreu –acompañado del deán, del cabildo catedralicio y de su *episcopus auxiliaris* Miguel Anselmo Álvarez de Abreu y Valdés, obispo de Císamo–, salió a dar su bendición, a decir el asperges y a rociar con agua bendita al próximo virrey. El marqués entró posteriormente a rezar al presbiterio, en donde estaba dispuesto un asiento de ceremonia del lado del Evangelio. Acto seguido se cantó un *Te Deum* para agradecer el beneficio de la presencia del futuro gobernante, el obispo dirigió unas preces, dio su bendición, y al finalizar el oficio se despidió junto con el cabildo catedral del marqués de las Amarillas,

³⁸ García Panes, 101.

³⁹ Rivadeneyra y Barrientos, 242.

⁴⁰ El autor incluyó además un interesante elogio del edificio. Cabe señalar que Rivadeneyra y Barrientos asumió su cargo de fiscal del crimen el 30 de octubre; si formó parte del contingente de 22 personas que llegaron antes a la ciudad de México, ciertos datos de la estancia en Puebla los redactó a partir de información proporcionada por otras personas. Véase Castro Santa-Anna, *op. cit.*, 174 y 177.

para que éste partiera en una carroza hacia la Diputación. Al recordar dicho ceremonial, García Panes escribió algunas variantes:

A la puerta de la Catedral salen a recibir a Su Excelencia el Ilustrísimo obispo con sus pontificales a dar la bendición y el *asperges* al futuro virrey, y el Venerable Deán y Cabildo, todos con capas pluviales presentando el palio, que manda retirar Su Excelencia, y entra en la iglesia del lado derecho del prelado hasta llegar al presbiterio al lado del Evangelio, donde tiene silla y sitial. Y el prelado con el Cabildo se va al coro donde, con armoniosa música, se canta el *Te Deum*, viéndose la iglesia toda iluminada y ricamente colgada.

Acabado de cantar el *Te Deum* (o así que llega al sitial), llegan los seises o niños de coro con una fuente de plata a quitarle las espuelas al virrey, que luego las ha de rescatar el Caballerizo de su Excelencia, sale de la Catedral con el mismo acompañamiento que entró, despidiendo en la puerta al Ilustrísimo obispo y Cabildo y con el cuerpo de la Ciudad bajo de mazas y la comitiva se va a pie hasta el palacio de la Ciudad, que es su morada y está enfrente de la Catedral.⁴¹

En un óleo sobre tela intitulado *Portada erigida en la catedral de Puebla para la entrada del virrey marqués de las Amarillas*, realizado alrededor de 1756 y atribuido a José Joaquín Magón,⁴² se observa parte de lo descrito por Ribadeneyra y Barrientos y Diego García Panes. El cuadro posee una temática poco común en la pintura novohispana, en donde hay pocos registros de fiestas derivadas del poder político, acaso tres de entradas de virreyes,⁴³ y al parecer sólo éste de su arquitectura efímera. Su

⁴¹ García Panes, *op. cit.*, 101-102.

⁴² Guillermo Tovar de Teresa fue quien inicialmente atribuyó la obra a este poeta y pintor de la región poblana, e informó que la pintura "[...] se encontraba en los Estados Unidos de Norteamérica y fue recuperada para México por el Sr. Armando Colina de la Galería Arvil" (Guillermo Tovar de Teresa, "De fiestas, arquitecturas efímeras y enigmas" en Octavio Paz. *Los privilegios de la vista*, catálogo de la exposición presentada en el Centro Cultural Arte Contemporáneo entre marzo y junio de 1990, México, Fundación Cultural Televisa A.C., 1990, 121-130). En el presente trabajo se conservará la atribución de autoría, si bien a la luz de nuevas investigaciones resultará útil una revisión sobre el asunto.

⁴³ Los otros dos son el Biombo de las Casas Reales de Chapultepec (Col. Banco Nacional de México) y un biombo decorado con emblemas políticos y con un tema que al-



Figura 6. José Joaquín Magón (activo en la segunda mitad del siglo XVIII), atribuido, *Portada erigida en la catedral de Puebla para la entrada del virrey Marqués de las Amarillas*, ca. 1756, Óleo sobre tela, 129 x 98, Colección particular (Reproducción autorizada por Guillermo Tovar de Teresa).

importancia también radica en ser el único documento con valor artístico e histórico –hasta ahora conocido– referente a la llegada y recibimiento del 42º virrey don Agustín de Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas, pues en el lienzo –que naturalmente presenta variantes respecto al suceso original– se reconstruyeron tanto el aspecto de la portada que le fue comisionada al canónigo magistral Andrés de Arce y Miranda desde el primer día de julio de 1755, como detalles de la entrada pública del nuevo virrey y de su recepción en la catedral angelopolitana el 27 de octubre de ese año.

El cabildo catedralicio costó el diseño y erección del ornato provisional, construido, acorde a la ruta de entrada por la calle de Mercaderes, frente a la portada norte,⁴⁴ cubriéndose el aspecto original de cantera con sus escudos, esculturas de los cuatro evangelistas y relieves de Carlos V, Felipe II, Felipe III y Felipe IV. Conforme se observa en el óleo, los testigos de época posiblemente admiraron una perspectiva hecha de madera y tela, con basamento, dos cuerpos y ático divididos en tres calles, decorada además con 14 pinturas con textos en español y latín, junto con las armas de la Corona y un blasón que se asemeja al del marqués de las Amarillas.⁴⁵ En el programa simbólico –en el que se mezcló lo sagrado con lo profano, lo antiguo y lo que era presente– se mostró al nuevo representante real como una figura de autoridad, por lo que se destacaron sus virtudes y hazañas militares, sus responsabilidades de

gunos investigadores han interpretado como la cabalgata y llegada de un virrey a México (Col. particular).

⁴⁴ “La puerta del brazo derecho del crucero, que por así salir a la plaza mayor y ser la más frecuentada, como por ser la de mejor arquitectura y mayor adorno, debe reputarse por la principal, no se concluyó hasta el año 1690, ocupando la silla episcopal el señor don Manuel Fernández de Santa Cruz, [...]” (Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, *Historia de la fundación de la ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España. Su descripción y presente estado*, edición, prólogo y notas de Efraín Castro Morales, Puebla, Ediciones Altiplano, 1963, libro II, capítulo V, 76-77).

⁴⁵ Cabe recordar que para la entrada pública en México, la portada oeste de catedral se cubrió con un ornato arquitectónico descrito en José Mariano de Abarca Valda y Velázquez, *Ojo político, idea cabal, y ajustada copia de príncipes, que dio a luz la santa iglesia metropolitana de México, en el magnífico arco que dedicó amorosa en la entrada que hizo a su gobierno el excelentísimo señor don Agustín Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas* [...], México, Imprenta nueva de la Biblioteca Mexicana, 1756.

mando, a la par de formular peticiones de buen gobierno y manifestar esperanzas en el mismo. También se halagó a la virreina, y se promovió una imagen de lealtad y afinidad con la monarquía por ser Puebla una ciudad fundada por españoles, aprovechándose imágenes alegóricas, referencias mitológicas y emblemas políticos para expresar estas ideas o las anteriores. Acorde al lienzo así se decoró esta portada, uno de los últimos ejemplos de arquitectura efímera barroca previos a la implantación progresiva de formas derivadas del rococó y del neoclasicismo.

En la sección inferior de la pintura se representaron detalles del ceremonial que tuvo lugar en la inmediación de la catedral y en su atrio, así como a ciertos actores seculares y eclesiásticos. En el primer plano a la izquierda, el artista pintó a cinco caballos montados por dragones de batidores empuñando su espada, jinetes que iban delante del dignatario real en su derrotero a México y en toda solemnidad de entrada pública, pero que según los testimonios no pasaron hasta el atrio de la catedral poblana. Enseguida se ubicó al paje de guión, que ha desmontado y sostiene un estandarte con una cruz de Borgoña en campo blanco, encima de la cual se colocó la corona de cuatro diademas del príncipe de Asturias así como dos torreones a los flancos.⁴⁶ El personaje de baja estatura que le sigue podría ser uno de los lacayos del paje de guión sujetando el alazán que dio el cabildo secular, o bien podría tratarse del subalterno de Felipe Cleere, el caballerizo que ya está a pie y a la izquierda del futuro virrey sosteniendo un quitasol. El gobernador de Puebla don Pedro Montesinos de Lara es probablemente quien sujeta al corcel de elegante montura, lo cual sentaría testimonio de la participación del principal funcionario de la autoridad civil, quien tomó junto con el alférez mayor las bandas atadas al freno del caballo, desde el arco efímero hasta

⁴⁶ Esta bandera militar no tiene las armas reales sobre la figura ebrancada, por lo cual contradice lo especificado por ley desde el siglo xvi: “Mandamos a los virreyes, que en los guiones no pongan mas que nuestras armas reales, ni usen de las suyas propias, ni otras ningunas en actos y concursos como virreyes, presidentes, gobernadores o capitanes generales” (*Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias* [...] [en adelante con las siglas R.L.R.I.], edición facsimilar, tomo II, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1973, libro III, título 15, ley 2, f. 63). En relación al asunto, en el borde inferior del lienzo se observan restos de una inscripción: “[... ilegible] Sr [...] ilegible] nda la en su mismo escudo de arma [...] ilegible]”.



Figura 7. José Joaquín Magón (activo en la segunda mitad del siglo XVIII), atribuido, *Portada erigida en la catedral de Puebla para la entrada del virrey Marqués de las Amarillas*, ca. 1756 [detalle], Óleo sobre tela, 129 x 98, Colección particular (Reproducción autorizada por Guillermo Tovar de Teresa).

la entrada del atrio. No obstante, cabe preguntarse si el pintor plasmó entre estos personajes a quien le ayudó en dicha ceremonia: el regidor decano José Manuel de Victoria, quien también entregó las llaves de la ciudad en el arco triunfal.

Al centro de la escena un par de niños de coro se representaron en el acto de retirar las espuelas al marqués de las Amarillas, lo cual según las formalidades descritas por Rivadeneyra y Barrientos o García Panes ocurrió en el interior de la catedral. El alférez granadino incluso afirmó que en México no se practicaba dicha costumbre,⁴⁷ dato contrario al de una fuente de época en donde se indica que los infantes le quitaron las espuelas antes de que el arzobispo lo recibiera en la puerta de la iglesia metropolitana.⁴⁸ Despojado de su accesorio de caballero, el virrey se hincó para adorar la Santa Cruz y, al estar frente al altar mayor de catedral, debió humillarse ante la Eucaristía siguiendo un rito piadoso propio de la monarquía a la que representaba. Cabe recordar que la piedad era considerada una de las principales cualidades del príncipe católico y que al revelar su devoción religiosa daba un ejemplo moral a sus súbditos.

⁴⁷ García Panes, *op. cit.*, 112.

⁴⁸ *Ceremonial de la nobilísima ciudad de México [...]*, *op. cit.*, 58.

Por otra parte, parece que los regidores del cabildo secular angelopolitano están en el lienzo en actitud de retirar el palio, acto solemne que según García Panes ya había tenido lugar al pie del arco. El marqués de las Amarillas, espada en cinta, con vara de justicia en la mano y con una banda de oficial militar, se negó a aceptar dicha ceremonia conforme lo hizo con anterioridad en Veracruz, Tlaxcala y el convento de San Francisco pues estaba reservado al Santísimo Sacramento, al rey y al papa, además de que por ley estaba estipulado “[...] que los virreyes del Perú, y Nueva España, cuando pasasen, y llegaren a sus virreinos, no usen de la ceremonia de ser recibidos con palios, y guiones, con sus armas en las Ciudades de Lima y México, ni en otras cualesquier Villas y Lugares, porque esto sólo pertenece a nuestra Real persona [...]”.⁴⁹ A la derecha de este detalle el pintor incluyó a tres oficiales con uniforme encarnado que sostienen una distinción lanceolada que los identifica como tenientes de coronel o capitanes; queda la posibilidad de que éstos permanecieran fuera del atrio como los dragones de batidores, más cerca de un batallón formado en parada.

En el segundo plano de la composición y a la entrada de la portada fingida se pintó al doctor Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu con un hisopo en la mano, así como con mitra y capa pluvial brocados con seda e hilos de oro. A la diestra y a espaldas del obispo de Puebla podrían estar representados sus ministros, su obispo auxiliar y prebendados del lugar, en cuyos rostros se advierte cierta voluntad de retrato que no se observa en el caso de los actores civiles. Entre los personajes estarían don Miguel Anselmo de Abreu y Valdés, obispo de Císamo (auxiliar desde 1751 en la diócesis de su tío el arzobispo obispo Álvarez de Abreu), el deán, el arcediano presidente José Fernández Méndez, el chantre Gabriel de Artabe y Anguita, el tesorero Gaspar Antonio Cisneros y el maestro escuela Juan Pérez. Además de estas dignidades, cerca de la cruz procesional y ciriales estaban los canónigos, racioneros y medios racioneros, algunos de los cuales fungieron como comisarios del recibimiento; también se encontrarían ese día el canónigo doctor Juan del

⁴⁹ R.L.R.I., *op. cit.*, libro III, título 3, ley 19, f. 15v. Más adelante se añade: “Y ordenamos a los Virreyes, que no consientan ser recibidos con palio, y a las Ciudades, Villas y personas susodichas, que no los lleven, tengan, ni usen, so las dichas penas [...]”.

Villar y el prebendado Luis de Torres Tuñón, delegados del cabildo catedralicio de México a quienes acompañaron sus capellanes de coro.

Al día siguiente de que tuvo lugar la procesión y recibimiento, el pertiguero y dos capellanes fueron a las casas consistoriales en donde se hospedaba el marqués con el objeto de informarle que estaba próxima la hora para iniciar la misa de gracias; minutos más tarde, el dignatario se dirigió en una carroza hacia la iglesia principal, seguido por el ayuntamiento angelopolitano bajo mazas. Tras su arribo el nuevo virrey ocupó el sitio del lado del Evangelio, área en donde también se acondicionó un lugar para la segunda marquesa de las Amarillas y sus damas, en tanto el cabildo secular se situó del lado de la Epístola. Según los testimonios, una vez que se predicó el sermón y terminó la misa, el representante regio y su comitiva regresaron al palacio del ayuntamiento.

Al parecer el marqués de las Amarillas estuvo nueve días en la ciudad de Puebla. Por la mañanas visitó colegios y conventos, por las tardes se llevaron a cabo corridas de toros en la plaza, y por las noches hubo representación de comedias en palacio, bailes con abundantes alimentos y bebidas, así como fuegos artificiales. Los comisarios don Antonio Basilio de Arteaga y Solórzano y don Manuel Nicolás Hidalgo de Vargas procuraron desempeñar con la mayor diligencia sus responsabilidades

[...] hasta haber expuesto su salud al quebranto [...] y no habiéndoles alcanzado lo que se les libró [...] se hayan empeñados en más cantidad de dos mil pesos que se les han suplido a su crédito y que sobre esto se les han propuesto propinas a la familia de dicho señor excelentísimo, rescate del caballo, paga de guión, y paga a las ayudas de carnaza que han asistido a la simetría de las mesas y demás correspondiente al ministerio, y que el día de hoy se hayan sin un real con que poder continuar [...]⁵⁰

dificultad por la cual la mayoría de miembros del cabildo aprobó, por segunda ocasión, que se liberara un monto económico mayor.

Puesto que el gasto de los festejos rebasó por más del doble al presupuesto autorizado, las corridas de toros ayudaron a recuperar algo de

⁵⁰ AGMHAMP, serie 1 *Libros de Cabildo*, vol. 48 *Libro de Cabildos de la Nobilísima Ciudad de Puebla, años de 1754 y 1755*, fs. 153-154.

dinero, al ser una diversión muy apreciada por distintos sectores de la sociedad poblana. Además de la numerosa concurrencia, el escribano, el contador, los porteros, maceros y otros funcionarios del ayuntamiento solicitaron días antes de la entrada pública que se les reservaran los asientos necesarios para que asistieran junto con sus familias. Al momento de la fiesta, en el mirador principal se ubicaron el gobernador, alcaldes ordinarios y regidores, y en la zona de tablados de dignatarios eclesiásticos estuvieron el arzobispo obispo Álvarez de Abreu con su obispo auxiliar a la derecha, junto con el deán, capitulares y comisarios en el lugar que tenían designado.

Conforme a la costumbre, entre ambos cabildos hubo intercambio de fuentes de dulces y de garrafas de agua: por parte del secular los ofrecían sus lacayos y uno de los porteros, en tanto el eclesiástico debía corresponder con el mismo número de piezas conducidas por el pertiguero de catedral. Los comisarios del refresco –el canónigo penitenciario Bonilla y el prebendado Francisco de Ovando– encargaron numerosos dulces, por lo que al terminar los festejos los excedentes se repartieron entre los mismos capitulares, además de que se pagaron 52 pesos y 47 reales extras de los 500 pesos que ya se habían liberado en septiembre al canónigo Bonilla.⁵¹

El 4 de noviembre de 1755 el cabildo catedral dejó asentado en acta que si bien continuarían las corridas de toros, los señores capitulares no podrían ocupar su tablado en la plaza pues el sacristán mayor debía desmontarlo a la brevedad.⁵² La orden se expidió ya que ese mismo día el representante regio y su comitiva salieron de Puebla con dirección a Cholula y Huejotzingo, lugares que también contaban con el privilegio de entrada a caballo. *Cholollan* era una urbe mesoamericana de añeja importancia religiosa, en donde tuvo lugar una sangrienta matanza como respuesta a un ardid contra los invasores encabezado aparentemente por Moctezuma II; por su parte, la segunda población traía a la memoria la alianza entre lugareños e hispanos antes de poner sitio a la capital mexicana.

El grupo partió después hacia San Felipe, San Martín Texmelucan, Apam y Otumba, en donde el primer conde de Revillagigedo ofreció un

⁵¹ AVCCP, *Actas de Cabildo*, vol. 33 (1754-1759), f. 99.

⁵² AVCCP, *Actas de Cabildo*, vol. 33 (1754-1759), f. 96v.

banquete y le entregó a su sucesor el bastón y mando. Quizá al hablar sobre asuntos del reino se comentó que dicha localidad tenía un peso histórico, pues en 1520, tras su infausta retirada de México-Tenochtitlan, Cortés libró en una llanura cercana una batalla decisiva en la que capturó el estandarte mexica, venciendo a sus enemigos conforme a la tradición militar. Después de permanecer en Otumba, el marqués de las Amarillas continuó su derrotero hacia la capital de la Nueva España, acaso ocupado en problemas de gobierno, recordando detalles del trayecto y recibimiento, o bien pensando en la gloria del virreinato que comenzaba a presidir.

CONSIDERACIONES FINALES

El recorrido de un representante real desde Veracruz hasta la sede del poder virreinal sin duda tuvo un sentido simbólico particular, aunque en ocasiones el programa variara un poco.⁵³ Pese a que el trayecto no seguía estrictamente la ruta de Hernán Cortés hacia la cabeza del imperio mexica, al partir de la primera población fundada por el conquistador y al recorrer lugares que gozaban del privilegio de entrada a caballo, se traían a la memoria hechos trascendentales de la conquista de México así como la grandeza material y espiritual del virreinato. En consecuencia, el camino de un virrey a México adquirió un significado histórico y triunfal propio, en el que se evocaba el origen heroico y pactista del reino, se exaltaba la excelencia del mismo, y se manifestaba la voluntad divina en hechos legendarios o sobrenaturales.

El acto de recepción en cada localidad siguió a su vez el modelo renacentista de entrada triunfal en su estructura, propósito e ideas fundamentales. Sin embargo, las fuentes escritas y la imagen pictórica señalan que hubo una apropiación natural del festejo al introducir elementos del territorio, como el reclamo de descendientes de caciques, la interpreta-

⁵³ Para conocer los itinerarios 1535 a 1742, véase José Ignacio Rubio Mañé, "Viaje de los virreyes de Nueva España a su destino, llegada y recepción", en *El Virreinato I. Orígenes y jurisdicciones, y dinámica social de los virreyes*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura Económica, 1983, 115-197.

ción de música y danzas indígenas, el consumo de manjares novohispanos, la inclinación hacia ciertas diversiones y juegos, o la representación de motivos locales en el programa simbólico de arcos o portadas efímeras, como en el concebido por Andrés de Arce y Miranda, en donde el canónigo magistral incluyó una personificación de la Nueva España y un maguey.

La descripción y ordenamiento de acciones también permitió documentar aspectos de los preparativos, entre éstos: la manera en que los cabildos civil y catedral fungieron como cuerpos organizadores de la fiesta, la designación de comisarios que debían llevar a buen fin sus encargos, los problemas de finanzas que llevaron a rebasar el tope económico autorizado, e inclusive el que se pasaran por alto algunas leyes. Dentro de la información sobresalen los datos referentes al encargo de elaboración de arquitectura efímera y del programa simbólico que le decoraba, siendo claro el interés de los patrocinadores en que el autor fuese persona docta.

La parafernalia cortesana tuvo un papel significativo tanto en el protocolo seguido en el trayecto a Puebla como en las fiestas dedicadas al marqués de las Amarillas. Entre los objetos y ritos registrados por testigos de época están el paso de dragones, carrozas y caballos enjaezados, el uso del estandarte y del quitasol, el orden estamental de procesiones, así como los actos públicos del próximo gobernante, de su comitiva y de quienes le recibían a su llegada. Ciertas ceremonias políticas servían específicamente como manifestaciones de poder o bien hacían más evidentes la subordinación y lealtad debidas a la Corona, entre éstas: el sostener las bandas del caballo (ligado a la idea del gobernar como un ejercicio de equitación); la entrega de llaves (simbolizaba el pacto entre la nueva autoridad y los ciudadanos, pues éstos dieron por bueno sujetarse a su mando y dominio); la negativa del representante real a aceptar el palio (acto que no correspondía a su condición pues el poder del rey, del papa y de Dios era superior); el remover las espuelas antes de que el dignatario entrara a catedral (se ponía a la vista la piedad de la realeza que representaba y se ofrecía un ejemplo moral).

Algunas de estas ceremonias se observan en el óleo *Portada erigida en la catedral de Puebla para la entrada del virrey marqués de las Amarillas*, obra en la que se documentó la recepción en catedral el 27 de noviembre de

1755. Sea por decisión propia o por estar sujeto a la voluntad de un comitente, el autor cambió algunos aspectos del protocolo, mas dio prioridad al paso del futuro virrey por la catedral angelopolitana, a su encuentro con el arzobispo obispo, a la manifestación de la autoridad política y de su piedad religiosa, a la presencia y calidad del poder virreinal, eclesiástico y civil angelopolitano, así como del estamento militar y del intelectual representado en la portada. Unida a la representación del prelado, de su auxiliar y prebendados, en el cuadro se incluyeron al gobernante y a regidores capitulares, órganos rectores que encarnaban al “buen gobierno” además de ser por su nobleza y rango el espejo de las virtudes ciudadanas.

Resulta indudable que la portada efímera comisionada y pagada por el cabildo catedral ocupa buena parte de la composición. Lo minucioso de su factura y de sus detalles permiten inferir que el pintor quizá fue testigo del hecho, que copió *in situ* el ornato público o que estuvo al tanto de su diseño. El comitente o el autor pudieron considerar además un óleo de mediana dimensión para que lo observara un público reducido, mismo que podría leer los emblemas al acercarse al lienzo. Esta razón, unida al registro de la portada norte de la catedral de Puebla como punto central de la fiesta y a la existencia del retrato del arzobispo obispo Álvarez de Abreu y de otros personajes que le acompañan, son motivos que permiten suponer que el lienzo tuvo entre sus fines el ser un obsequio.

De primera instancia, la obra podría comprenderse dentro de la tradición de ofrecer regalos a un virrey que llegaba a su nuevo dominio, esto es, que el cabildo civil comisionara la pintura para recordar la entrada a Puebla, el homenaje de fidelidad de la *civitas* al representante real, o bien la promesa que éste hizo de respetar fueros y privilegios. no obstante, lo lógico hubiese sido incluir el arco efímero o al menos una mayor precisión en los rostros de los regidores y del gobernador o alférez mayor. Una segunda alternativa es que el cabildo catedral encomendara el cuadro para hacer un obsequio al prelado, suposición que debe descartarse pues el protocolo capitular no contemplaba el agasajar con regalos a su persona,⁵⁴ sin embargo, uno o más prebendados pudieron

⁵⁴ Agradezco a Patricia Díaz Cayeros sus observaciones en torno a este punto.

sufragar los gastos del óleo como particulares, acaso para agradecer un beneficio o plantear alguna solicitud. Por otro lado, tanto las ceremonias que promueven la imagen de autoridad y virtud del marqués de las Amarillas, como el contenido petitorio y de alabanza de la portada poseen un discurso dirigido al gobierno virreinal; en ese sentido se abre una tercera opción: que el lienzo fuera un obsequio para el nuevo virrey y que los retratos sirvieran para identificar a quienes por medio de la obra demostraban su respeto, rendimiento, o voluntad de formular alguna petición.

Dentro de los variados significados del óleo hay uno que conviene resaltar. Pese a que en la pintura no hay un símbolo de la ciudad ni se da una idea de lo magnificante de la catedral, en la meticulosa representación de la portada efímera y en el registro de su estructura, materiales y decoración se advierte la calidad de la arquitectura virreinal angelopolitana y de sus artífices, lo cual permite al espectador vislumbrar la belleza de la *urbs*. Así, además de su intención retentiva, de propaganda política y de obsequio, en el óleo también se hizo patente el esplendor de Puebla de los Ángeles, así como la condición moral de quienes habitaban esta ciudad de ascendencia española.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARCA VALDA Y José Mariano de VELÁZQUEZ, *Ojo político, idea cabal, y ajustada copia de príncipes, que dio a luz la santa iglesia metropolitana de México, en el magnífico arco que dedicó amorosa en la entrada que hizo a su gobierno el excelentísimo señor don Agustín Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas [...]*, México, Imprenta nueva de la Biblioteca Mexicana, 1756.
- ALAMÁN, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron, a fines del siglo xv y principios del xvi, de las islas y continente americano, hasta la independencia*, tomo III, México, Imprenta de Lara, calle de la Palma número 4, 1849.
- BERNDT, Beatriz, "Memoria pictórica de la fiesta barroca en la Nueva España", en *Los pinceles de la historia. De la patria criolla a la nación mexicana 1750-1860*, catálogo de la exposición temporal en el Museo Nacional de Arte, noviembre 2000-abril del 2001, México, Museo Nacional de Arte, 2000.

- BÜHLER, Dirk, *Puebla. Patrimonio de arquitectura civil del virreinato*, München, Deutsches Museum, ICOMOS, 2001
- CARRIÓN, Antonio, *Historia de la ciudad de Puebla de los Angeles*, Puebla, Viuda de Dávalos e hijos, editores, 1896.
- CASTRO SANTA-ANNA, José Manuel de, *Diario de sucesos notables escrito por don José Manuel de Castro Santa Anna, y comprende los años de 1752 a 1754 en Documentos para la historia de México*, tomo IV, México, Imprenta de Juan R. Navarro, calle Chiquis núm. 6, 1854.
- Ceremonial de la nobilísima ciudad de México por lo acaecido el año 1755*, transcripción, prólogo y notas de Andrés Henestrosa, México, Fondo Pagliai, 1976.
- CUENYA MATEOS, Miguel Ángel, *Fiestas y virreyes en la Puebla colonial*, Lecturas históricas de Puebla 29, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, 1989
- CURIEL, Gustavo, "Fiestas para un virrey. La entrada triunfal a la ciudad de México del Conde de Baños. El caso de un patrocinio oficial. 1660" en *Patrocinio, colección y circulación de las artes*, XX Coloquio Internacional de Historia del Arte, edición a cargo de Gustavo Curiel, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1997, 155-193.
- FEE, Nancy H, "La entrada angelopolitana: Ritual and Myth in the Viceregal Entry in Puebla de los Ángeles" en *The Americas*, volumen 52, núm. 3, Washington, Academy of American Franciscan History (Tam), 1996, 283-320.
- FERNÁNDEZ DE ECHEVERRÍA Y VEYTIA, Mariano, *Historia de la fundación de la ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España, Su descripción y presente estado*, edición, prólogo y notas de Efraín Castro Morales, Puebla, Ediciones Altiplano, 1963.
- GARCÍA PANES, Diego, *Diario particular del camino que sigue un virrey de México. Desde su llegada a Veracruz hasta su entrada pública en la capital [...] [1793]*, transcripción de Alberto Tamayo, estudio introductorio de Lourdes Díaz-Trechuelo, Madrid, CEHOPU / CEDEX (Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente), 1994.
- LÓPEZ DE VILLASEÑOR, Pedro, *Cartilla vieja de la nobilísima ciudad de Puebla (1781)*, Puebla, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Puebla, 2001.
- MAZA, Francisco de la, *La mitología clásica en el arte colonial de México*, Estudios y fuentes del arte en México, 24, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1968.

- MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor, "La monarquía humillada. Un estudio sobre las imágenes del poder y el poder de las imágenes" en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 77, vol. xx, invierno de 1999, 123-148.
- , *Los reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*, Biblioteca de los aules 2, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I-Diputació de Castelló, 1995.
- MORALES FOLGUERA, José Miguel, *Cultura simbólica y arte efímero en Nueva España*, Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Asesoría Quinto Centenario, 1991.
- PAZ, Octavio, "Ritos políticos en la Nueva España" en *Vuelta*, núm. 35, octubre de 1979, 4-10.
- Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias [...]*, edición facsimilar, tomo II, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1973.
- RIVADENEYRA BARRIENTOS, Antonio Joaquín de, *Diario notable de la excelentísima señora Marquesa de las Amarillas virreina de México, desde el puerto de Cádiz hasta la referida corte, escrito por un criado de su excelencia D.A.J.R.B.F.D.M. México*, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1757, (*Viaje de la Marquesa de las Amarillas descrito en verso por don Antonio Joaquín de Rivadeneira Barrientos. Impreso en México en 1757, y ahora reimpresso con notas de Manuel Romero de Terreros y Vinent, Marqués de San Francisco*), publicado en el tomo V de los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1914.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel, *Ex Antiquis, Bocetos de la vida social en la Nueva España*, Guadalajara, Ediciones Jaime, 1919.
- RUBIO MAÑÉ, José Ignacio, *El Virreinato I. Orígenes y jurisdicciones, y dinámica social de los virreyes*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura Económica, 1983.
- STRONG, Roy, *Arte y poder, Fiestas del Renacimiento 1450-1650*, versión española de Maribel de Juan, Alianza Forma 79, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- TOVAR DE TERESA, Guillermo, "De fiestas, arquitecturas efímeras y enigmas" en Octavio Paz. *Los privilegios de la vista*, catálogo de la exposición presentada en el Centro Cultural Arte Contemporáneo entre marzo y junio de 1990, México, Fundación Cultural Televisa A.C., 1990, 121-130.

FECHA DE ACEPTACIÓN DEL ARTÍCULO: 18 DE JUNIO DE 2003

FECHA DE RECEPCIÓN DE LA VERSIÓN FINAL: 11 DE JUNIO DE 2004